

fugas

fugas

fugas

fugas

fugas

fugas

fugas

fugas



*Fuga* — Trastorno de pérdida de memoria, amnesia prolongada en la que las capacidades mentales humanas no se ven afectadas. La fuga a veces induce a una salida precipitada del ambiente conocido a causa de una necesidad desbocada e irrefrenable de iniciar una nueva vida (en un nuevo entorno). Tras su recuperación, el «fugado» no recuerda su estado de postración precedente. De la palabra latina *fuga*: huida, en particular de la patria; persecución, y también expulsión.

*Fuga* — Composición musical polifónica en la que las partes se repiten en función de determinadas reglas; forma artística que consta de tema y réplica — réplica que no alcanza a ser lo contenido entre estas rayas, limitadas a no ser más que retales; rayas que no logran cuestionar nada, en ningún caso—. Las fugas a veces se repiten, se repiten siguiendo «determinadas reglas», contraviniéndolas esporádicamente, pero no tienen nada más que preguntar, que cuestionar, que inquirir.

*Fuga* — Unión entre piedras o baldosas; junta: espacio dejado adrede en

una construcción que anula la posibilidad de que se agriete lo construido; grieta: algo que podría funcionar como metáfora para estos cascotes.<sup>1</sup>

---

1 La tercera de la serie de definiciones libres del término «fuga» no se corresponde con ninguna de las acepciones reconocidas en español, aunque sí lo hace en el idioma original croata.

Es mayo de 1992. Más exactamente, la mañana del 14 de mayo de 1992. Hace un día soleado, prácticamente veraniego. Antonia Host, ama de casa de cuarenta y dos años, madre de dos hijos (de trece y dieciséis), lleva un bolso de viaje marrón, acartonado, ajado por la inmovilidad, por el polvo y el aire seco, por no viajar, no salir y no llegar, a nadie ni a nada. El ama de casa Antonia Host cierra la puerta con llave al salir y abandona su patio. La loza está lavada, las camas hechas, las flores están coloridas, han retoñado, Antonia Host canta «Bella ciao» *sottovoce* y el pelo, recién teñido, festoneado con mechaz rojas y dispuesto en un corte moderno, flamea, se le mece mientras camina. «Mi pelo está bonito», dice Antonia Host. «Está radiante. *Bella ciao, bella ciao, ciao, ciao*», canturrea Antonia Host a su paso. Nadie diría que Antonia Host estuviera triste.

Antonia Host se sienta en el tren y llega al muelle dos horas antes de la partida del navío rumbo al sur de Europa. En una taberna de pescadores come calamares a la brasa y acelgas aliñadas con aceite de oliva, bebe una copa de *merlot* y un café sin leche ni azúcar. Pide un camarote. Viaja durante dos días. Mira al mar. Canturrea. Llega a una ciudad mediterránea. Alquila un cuarto. Mira al mar. Canturrea. Tamborilea con los dedos. Los agita sin pausa, rápida y sutilmente, como si percutiera sobre la piel estirada de un tam-tam africano. Mil kilómetros terrestres y quién sabe cuántas millas marinas la separan de su hogar. O tal vez nada la separe de nada.

La ciudad mediterránea es una ciudad históricamente célebre; una ciudad antigua dotada de un variado rango de silencios donde la música está viva. Es una ciudad con una academia musical activa, conocida más allá de sus fronteras. Al día siguiente de su llegada, Antonia Host calza sus pies desnudos con unas sandalias de tacón alto, negras, y envuelta en un ajustado vestido de *shantung*, igualmente negro, llama a la puerta del director de la academia. El día es soleado, aún más estival, más caluroso que en la ciudad de la que Antonia Host salió, la cual se extiende al borde de un robledal; esta ciudad de aquí, en cambio, abunda en pinos. El cielo es descaradamente azul, «el cielo es de color azul perla, el cielo canta —dice Antonia Host— y el maquillaje me queda bien». Antonia Host tiene ojos verdes y una altura elegante. Antonia Host respira profunda y acompasadamente. «Me gusta mi boca roja y mi pelo rojo —dice—. Me gustan mis caderas, son unas caderas serias que llevan una canción, y mi vestido es elegante».

Antonia Host se presenta como Lydia Paut al director de la academia.

—Me licencié aquí, hace mucho. Soy pianista. Podría dar clase a los estudiantes. Me llamo Lydia Paut —así le dijo.

—Comience con clases particulares, y ya veremos —repu- so el director, tan afable como amable.

Como Lydia Paut, Antonia Host se convierte en la favorita de la ciudad antaño fortificada y hoy soleada urbe abierta a todas partes. Lydia Paut, alias Antonia Host, toca en conciertos de cámara, y también en solitario. Interpreta al aire libre, en auditorios de piedra donde sus hombros se entumescen del frío. El público es internacional y entendido. Dos años después, el (mismo) director del conservatorio le dice:

—Querida Lydia, hágase mi ayudante.

Antonia Host o, lo que es lo mismo, Lydia Paut responde:

—Eso me haría feliz.

Lydia Paut tiene amigos. Lydia Paut tiene un piso, un piano y nuevos recuerdos. «Mis viejos recuerdos son extensos como veleros, blancos como lienzos; mis recuerdos flotan como fantasmas y en ellos no hay nada escrito», dice Lydia Paut cuando alguien le pregunta por su pasado, aunque son pocos los que le preguntan algo: así es la gente de allí. Va a lo suyo. Lydia Paut aprende nuevas lenguas. Lydia Paut sonríe.

Pasan cinco años. La vida es hermosa. «A veces camino descalza por calles empedradas, de noche —dice Lydia Paut—. La piedra irradia el calor del sol».

Es el concierto de Año Nuevo. Lydia Paut interpreta a Liszt. La ciudad respira solemne, en ella titilan infinidad de lucecitas de plata. Las noches son frías y secas. Las olas se enfurecen, pero no alcanzan la ciudad. Tras el concierto, a Lydia Paut se le acerca una mujer gorda y le dice:

—Tú no eres Lydia Paut. Tú eres Antonia Host. Os conozco a las dos. Estudiamos juntas aquí, en esta ciudad, hace mucho.

Lydia Paut (Antonia Host) observa con ojos como platos a la mujer gorda.

—Eso es imposible —dice—. Yo a usted jamás la he visto.

Poco después transportan en helicóptero (y a la fuerza) a Antonia Host, aún convencida de que es Lydia Paut, a su antigua ciudad caduca. En la pista la espera el marido, una figura pública político-religiosa. La esperan también sus hijos, ya mayores de edad.

—¿Quiénes sois vosotros? —pregunta Antonia Host—. No os conozco.

Ingresan a Antonia Host en una clínica psiquiátrica donde le curan la amnesia y le extirpan la fuga.

—La devolveremos a la vida —dicen.

—¿A qué vida? —pregunta Lydia Paut, que a continuación se sume en el silencio.

## BREVE BIOGRAFÍA DE ANTONIA HOST

Antonia Host se cría en una familia católica fanáticamente religiosa. Sus padres, celosos defensores en público de unas estrictas normas morales, en privado se acusan torrencial y tumultuosamente de infidelidades matrimoniales mutuas, llegando a gritar tanto y a emplear palabras tan terribles que le hacen dudar a Antonia de la legitimidad de su engendramiento. «De divorcio ni hablar», repiten los padres de Antonia Host ante las insinuaciones cada vez más frecuentes de amigos y familiares. «Sería algo sacrílego y blasfemo», dicen. Así se mantienen juntos «hasta que la muerte los separe», descargando en sus dos hijas su recíproca animadversión. Antonia vive recluida en un mundo de prohibiciones. Sin poder juntarse con nadie, sin salida. En su soledad, envuelta en vestidos plisados de *tweed*, abotonada hasta el cuello. Con el ropero lleno de cuellos y calzas de ganchillo, con el peso de las coletas color castaño oscuro sobre la espalda y pesadillas en la cabeza. Antonia tiene una hermana mayor, Magdalena, con la que juega a compartir secretos de los que en verdad carece. Y así vive. Pero cuando Antonia cumple los diecisiete años, Magdalena muere. Antonia no encuentra consuelo. Antonia se vuelve taciturna, más taciturna de lo que ya era. Antonia no escucha la música que antes amaba. Antonia ya no toca el piano, ya no practica. Al terminar el bachillerato, los padres de Antonia la mandan a un conservatorio, a una ciudad del sur de Europa. En esa ciudad del sur de Europa Antonia comparte piso con la estudiante Lydia Paut. Lydia Paut es una muchacha alegre y atractiva de pelo rojo natural. Lydia Paut es buena. A Lydia Paut le gusta Antonia Host. Gracias a ella, Antonia Host hace amigos y libera su mente. «Eres mi nueva hermana», le dice Antonia a su amiga Lydia.



Pero... en el quinto año de estudios, Lydia Paut se enamora de un joven dentista. Antonia Host sale con la pareja de enamorados a bailar y de excursión. Y, por supuesto, comienza a abrigar una oculta inclinación hacia el prometido de su «hermana». Algo que, considerando cómo se había criado, era un hecho inimaginable, un pecado imperdonable. Fustigada por los celos y por el amor no correspondido, Antonia Host retorna a la cárcel de su infancia. Lydia Paut abandona los estudios, se casa y se marcha con su marido a otro país, al otro lado del océano. Antonia Host, postrada y retraída, acaba graduándose, sin ningún entusiasmo, y se casa con un hombre que física y psíquicamente le causa indiferencia, pagando así su deseo incontrolable por el «fruto prohibido». La vida junto a un hombre de convicciones conservadoras, creyente fervoroso, contrario a la música divertida y al cine contemporáneo, contrario al aborto, contrario a las mujeres trabajadoras independientes, contrario a gais y lesbianas, contrario a ateos y agnósticos —no hablemos de comunistas—, contrario a la moda, contrario al pelo teñido y al maquillaje, contrario a los perfumes, contrario a las tabernas, al tabaco, al vino y al café, junto a un hombre fanáticamente entregado a una vida saludable que hace enfermar hasta a los más fuertes, esa vida se vuelve insoportable para Antonia Host. Los días de estudiante en la ciudad del sur de Europa se transforman en su imaginación en un cuento de hadas que, evidentemente por culpa suya, se le ha escurrido de las manos y se ha roto en mil pedazos que con masoquismo ella ha triturado hasta convertirlos en polvo. Para colmo de males, después de una larga enfermedad, fallece la hija más joven de Antonia Host, dotada para la música y su favorita. Esto acontece el 10 de mayo de 1992. Después del entierro, Antonia Host va al peluquero y le dice: «Hágame unas mechas rojas». Tres días más

tarde, el 14 de mayo de 1992, Antonia Host coge un bolso rígido de viaje de insulso plástico marrón, se marcha de casa sin dar explicaciones y desaparece sin dejar rastro.

*Fugas*: amiguitas indestructibles de nuestras realidades. A veces al conjunto de fugas inocuas, de dóciles fuguitas que cuales perritos se nos ponen de puntillas y dan saltitos, le añadimos nuevas fugas inasibles con el sabor de los sueños. Quién sabe de qué depósitos desenterramos las fugas que creíamos muertas. Nuestras fugas son nuestra fe, nuestro sano juicio, nuestros dioses, la paz con la que decoramos nuestras vidas, que, al igual que cuando decoramos los árboles de Navidad, a veces nos da por exagerar. ¿Cómo podríamos vivir de otro modo? ¿Cómo? Debajo de ellas se está caliente; las fugas son el refugio de nuestros días. A su lado y en su compañía caminamos en tiempos de aflicciones banales. Cuando se cruza en nuestro camino la buena gente —les encanta cruzarse en nuestro camino para atraernos a sus vidas arrastrándonos fuera de las nuestras—, solemos decir: «está bien». Y esperamos que brote el germen de una nueva fuga que como el tono de una misteriosa melodía surja de nuestro aliento y crezca hasta convertirse en la sinfonía en la que nos zambullimos. Hay quien guiña el ojo, abraza su fuga y pone rumbo a lo desconocido. Hay quien frunce el ceño, se envaina la fuga en el pecho y sigue caminando como si nada hubiera ocurrido. Y hay quien le dice a la fuga ¡zape!, le vuelve la espalda y ahí se apaga. Esa gente apagada, sin fugas, anda siempre desnortada dondequiera que va. No son más que armaduras articuladas de escayola que deambulan envaradas por este planeta y que a veces se lamentan como espíritus cantando su eco, su vacío. Cuando llegan los diluvios, cuando las inundaciones estallan, se desvanecen, solo entonces, disolviéndose en la nada.

Cuando vienen las sequías, revientan e irradian un sonido aterrador, amenazante. Y así continuamente, de vida en vida, cada día.



Esto, todo esto, es como un cuento de hadas.

También hay cuentos de hadas de pesadilla. Los cuentos de hadas están poblados por estas y por monstruos, por enanos y gigantes, en ellos acontecen crímenes grandes y pequeños, en ellos las muertes son dulces y amorosas, pero también cruentas y vengativas. En los cuentos de hadas, los muertos reviven, de una u otra forma, hasta que dejan de hacerlo, desaparecen y se pierden, pese a lo cual la historia continúa su curso. El relato se las compone perfectamente sin esos héroes esfumados (muertos y asesinados), porque precisamente así ha sido concebido, con giros espasmódicos aquí y allá. Esto, todo esto, las vidas que tenemos hoy, son como un cuento de hadas. Son un absurdo.

Son un trastorno, un estado similar al de la separación de dos amantes, una separación impuesta por las circunstancias en vez de por los deseos. Un estado de fatiga, un estado de estasis. Este inadoptable modo de vida no se adapta, sino que roza y chirría como el calzado socialista. Esta vida se retuerce y se disloca como una sombra.

Esto son manchas.

Todo se desmorona; *Turning and turning in the widening gyre*  
el centro se doblega. *The falcon cannot hear the falconer;*  
*Things fall apart; the centre cannot hold;*  
*Mere anarchy is loosed upon the world,*  
*The blood-dimmed tide is loosed, and*  
*[everywhere*  
*The ceremony of innocence is drowned;*  
*The best lack all conviction, while the worst*  
*Are full of passionate intensity.*<sup>2</sup>

---

2 En inglés en el original. «Girando sin cesar en la espira creciente / el halcón ha dejado de oír al halconero; / todo se desmorona; el centro se doblega; / arrecia sobre el mundo la anarquía, / arrecia la marea rebosante de sangre, y en todas partes / la ceremonia de la inocencia es anegada; / los mejores carecen de toda convicción, mientras que los peores / están llenos de brío apasionado». Primera estrofa de las dos que componen el poema «La segunda venida» (*The second coming*), de W. B. Yeats, traducción de Jordi Doce.

Conocí a un hombre que coleccionaba ejemplares de *El principito*. No coleccionaba ningún otro libro, solo *Principitos*. Tenía *El principito* en cuarenta y siete idiomas, cada uno de un tamaño diferente, con ilustraciones en colores y en blanco y negro, *El principito* en tapa dura, *El principito* en tapa blanda y *El principito* mutilado, sin tapa, descabalado. Tal vez ahora tenga más de cuarenta y siete *Principitos*, lo desconozco; aquel hombre desapareció de mi vida hace tiempo y no sé cómo es que me he acordado de él ahora, durante esta huida forzada. Tal vez ya no esté vivo. Cuando me crucé con él era mayor y fumaba pipa en una gran mansión vacía en algún lugar de los Estados Unidos. La casa apenas tenía muebles (y los pocos que había eran de jardín, plegables, como si tuviera la intención de marcharse en cualquier momento, como si estuviera preparándose para salir, o para esperar) y el hombre se paseaba en soledad por sus aposentos. Tal vez estuviera esperando que algo (o alguien) volviera, pero hoy veo que tal cosa no tenía sentido. Y si hubiera muerto, ¿qué habrá sido de sus *Principitos*? En las horas de ociosidad tendría que investigar si sus *Principitos* se encuentran actualmente repartidos por el mundo o si por el contrario han acabado en un vertedero norteamericano reciclándose en nuevos cuentos.

Pessoa a menudo me ataca los nervios. Escarba como cuando un dentista penetra en el nervio desnudo con el torno giratorio. Así es. Hurga en sí mismo y a su alrededor. Enajenado, compasivo, autocompasivo, muy pocas veces enfadado, pero aun así...

¿Quién ha dicho No sé si estos sentimientos son una eso, él o yo? locura lenta del desconsuelo, si son reminiscencias de cualquier otro mundo en que hubiésemos estado —reminiscencias cruzadas y mezcladas, absurdas en la figura que vemos pero no en el origen si lo supiésemos. No sé si han existido otros seres que fuimos, cuya mayor plenitud sentimos hoy, en la sombra de ellos que somos, de una manera incompleta— perdida la solidez y figurándonosla nosotros mal en las dos únicas dimensiones de la sombra que vivimos.<sup>3</sup>

«Fernando —le dijo a Pessoa su abuela Dionisia antes de morir en el manicomio—, Fernando, vas a parecerme a mí, porque la sangre es traidora. Me llevarás toda la vida contigo. La vida es una locura y de locura estarán llenos tus bolsillos hasta la muerte».

Una noche en el cráneo de Fernando hizo acto de presencia Alberto Caeiro, pálido, rubio y de ojos azules. «Yo soy tu padre y señor —dijo—. Moriré de tuberculosis en un pueblo de Ribatejo, abrazado a mi tía, gorda y grande». «Así es la vida —respondió Pessoa—, enigmática. En ella todo está oculto, incluyéndote a ti».

---

3 Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*, trad. Ángel Crespo, Seix Barral, 1997.



Cuando Alberto Caeiro murió, Pessoa no lloró, hizo el amor con Ophelia Queiroz, una pequeña secretaria de la empresa donde trabajaba. «Aquí tienes un poema», dijo Álvaro de Campos, un futurista y nihilista decadente con el que Pessoa recurrentemente bebía, sobre todo en un pequeño restaurante llamado Pessoa, donde Bernardo Soares anotaba en servilletas y billetes de autobús usados sus inquietudes. Oyendo los versos de Álvaro de Campos, Pessoa se conmovía mucho. «Tu poema es excelente —dijo—. Hay muchos muchachos que parecen chicas, que incluso llegan a utilizar crema antiarrugas en el contorno de los ojos. Son dulces y les gusta la ropa ajustada. Y las joyas. Voy a separarme de Ophelia». Un día Ophelia llegó al trabajo con un vestido verde de flores amarillas y un lazo amarillo en el pelo negro. «A menudo paso al lado del mismo mendigo —le dijo Pessoa a Ophelia—. Su hedor me persigue un buen rato. Con Dios, queridísima Ophelia. He escrito versos para toda la gente del mundo, pero solo mi lorita es capaz de recitarlos».

¿Cómo se las arreglan los sordos? ¿Con quién hablan, a quién oyen, donde están sus voces? ¿Es acaso posible que en las cabezas de los sordos se abra un agujero negro de silencio?

De haber nacido sordo, Pessoa tal vez no se habría cuadriplicado, se habría quedado solo. Y mudo. Al volver del trabajo entrelazando las manos con las de la casta Ophelia, que tiembla envuelta en una chaqueta de invierno lila, observaría las cucarachas apareándose.

También Proust me pone de los nervios. Me limito a contemplar sus libros desde fuera; no existe la posibilidad de que los lea. Por eso no voy a citarlo.

Este lugar no es ni campo ni ciudad, ha perdido su latitud y longitud geográficas, que ahora yerran por el espacio como cuerdas de violín gimientes. La vida en esta ciudad es una lenta y dolorosa agonía, como también lo es la vida en este país.

*La ciudad es una para el que pasa sin entrar,  
y otra para el que está preso en ella y no sale;  
una es la ciudad a la que se llega la primera  
vez, otra la que se deja para no volver; cada  
una merece un nombre diferente.*<sup>5</sup>

Las ciudades de Calvino son ciudades invisibles, o tal vez no; tal vez sean ciudades que vamos gastando y consumiendo en el camino, al vuelo, y cuyas ruinas se consuman en nosotros, y, a partir de ellas, de esas ciudades «invisibles» cuyos campanarios nos desgarran las vísceras, germinan en nuestro interior nuevas ciudades desdichadas, mansas y necias, urbes peligrosas, soleadas y perezosas, que acaban por hacerse realidad desde nuestro fuero interno; ciudades por cuyas calles caminamos, en cuyas plazas nos enamoramos, en cuyos rincones oscuros nos ocultamos y a cuyo subsuelo descendemos sin saber dónde estamos ni por qué.

---

5 Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, trad. de Aurora Bernárdez, Siruela, 2009.

Cae sobre mí la lluvia mientras permanezco estática delante del escaparate de una tienda de electrodomésticos, de línea blanca y otros. Esta expresión es una treta socialista que no ha habido forma de extirpar del idioma. La línea blanca —o «tecnología blanca», como decimos aquí— no existe ya en las lenguas europeas occidentales. Su origen se encuentra en los países pobres cuyas primeras cocinas eléctricas eran por norma blancas, y donde eran inconcebibles unas neveras rojas, amarillas o azules. Ahora que en los antiguos países socialistas los electrodomésticos no son necesariamente blancos, estos se siguen llamando «tecnología blanca», mientras que en inglés *white technical appliances* suena terrible. La expresión debe de haber llegado a estos lares desde territorio ruso, desde la Unión Soviética; estoy convencida. Sigo inmóvil delante del escaparate mientras espero a alguien. Ese alguien es irrelevante: no tengo por qué esperar. El escaparate es bajo, la tienda es el sótano habilitado de un edificio de viviendas de cinco plantas. Es de noche. Todos mis electrodomésticos son muy viejos. Tienen más de treinta años. Mis aparatos de línea blanca están anticuados. Mi aspiradora también es vieja. Tal vez lo que querría sería renovar en color azul mis aparatos de línea blanca, incluyendo pequeños accesorios como la tostadora, el exprimidor, el molinillo de café, la freidora, el cuchillo eléctrico y el abrelatas: todo azul, como si me hiciera a la mar. Intuyo cómo asciende en mi interior una oleada de nostalgia por electrodomésticos de color azul, y por eso tal vez esté mirando el escaparate; tal vez ni siquiera esté esperando a nadie.

A mi espalda hay un parquecito vacío; siempre está vacío, lo cual me enerva. A esto se reduce el estrecho paisaje nocturno bajo la lluvia.

Esta ciudad posee muchas partes estrechas, muchos órganos menudos; tiene un apéndice, sin el cual todo sigue siendo posible.

Cuando pienso en esta ciudad, en la vida en esta ciudad, enseguida siento un aleteo de mariposas en mi estómago, las mandíbulas me castañetean y se cierran como un candado, desvío la mirada, que no se puede asentar sobre nada, y agito la cabeza, pero aún no me balanceo adelante y atrás ni tampoco me tambaleo aovillada en la esquina de la blanca habitación vacía como en las películas, ni tampoco canturreo, todavía. Esa es la situación en estos momentos.

No acabamos de congeniar esta ciudad y yo. Nuestra eventual coalescencia no garantiza el nacimiento de un amor mutuo incondicional y ciego. A György Konrád le encanta su ciudad, a pesar de experimentar constantemente todo tipo de aberraciones. En el silencio mortecino de su ciudad ve su propia muerte. Esa identificación con las ciudades es peligrosa y, en último término, resulta carente de sentido, una brega continua en torno a quién se tragará a quién, quién infectará a quién, quién acabará con quién, un duelo eterno, una inflamación del alma, un envenenamiento, esa ceguera, esa ofuscada entrega carnavalesca, ese pérfido juego desequilibrado en el que, valiéndose de golpes bajos, protegida por el cielo y el tiempo, la ciudad sale casi siempre vencedora. Incluso las ciudades pequeñas acaban ganando, pues son más fuertes que la gente. Ocurre que aun muriendo perduran. Las ciudades deberían ser pequeños órganos internos que funcionaran alimentándose recíprocamente. Con la muerte de una, desaparecerían unas cuantas más.

*Podría salir de viaje a cualquier lugar: llevaré mi ciudad en la maleta y en las arrugas de mis facciones, como errores patentes; en aquella he envejecido y de estas no me puedo liberar, ya no soy capaz de distinguir entre ella y yo mismo. Las carreteras principales la evitan, los viajeros azarosos la visitan durante unas pocas*

horas, y todo lo que puedan averiguar hasta la noche de la jornada siguiente será más o menos una repetición de lo ya conocido. Por esta ciudad solo guardan interés quienes la habitan, y tampoco en demasía: como un partido de fútbol regional comprado de antemano en cuyo segundo tiempo el equipo local se arrastra por el terreno embarrado. Abandonada, hosca y nerviosa, la ciudad gimotea cuando tiene que tomar alguna decisión, no tiene el arrojo de llamar a las cosas por su nombre, olvida sus promesas y se adhiere a aquellas más exitosas y fuertes, a las que imita al tiempo que odia. Jamás se ha podido recuperar de haber recibido, por una fatal casualidad, malas cartas en la partida de póquer de su existencia: maltrata a sus habitantes, paga todo con el doble de tiempo, la mitad del día transcurre en ella como un simulacro de la vida, como un ballet de tiempo, como una carrera ritual en el espacio.

¿De quién es la ciudad? ¿Es la de Konrád o es esta ciudad de aquí, tu ciudad, «mi» ciudad?

Ya me cansé de su luctuoso autoengaño, de las arteras teorías con las que justifica su abatimiento, de sus fijaciones que testarudamente hace pasar por realidad; y de todo ese cúmulo de desgracias escenificadas, de esas arrogantes escapadas del colegio, de todas esas insidiosas venganzas, mascullando eslóganes con los que les lee la cartilla a los profesores: hoy soy yo,

*pero mañana serás tú; por mucho que corras, te acabaré alcanzando, y no tendré piedad; prefiero quedarme sin nada si con eso tú también te quedas sin nada; bebemos del mismo porrón, meamos en el mismo agujero: en el momento en que te destagues, quedarás retratado.*

Al acabar con los malentendidos, la vida en la ciudad se hace sencilla y lineal. Hay que acabar con estos malentendidos.

El teléfono está al lado del ordenador. Cuando suena y estoy escribiendo, extendiendo la mano y descuelgo el aparato.

—No descuelgues el teléfono enseguida —dice Veronika—, deja que al menos se oigan tres tonos. Si lo descuelgas al momento, la gente se cree que «esta no hace nada, está ahí esperando a que alguien la llame».

Esta ciudad está agarrutada por dentro. Su interior está reseco, como unos ovarios avejentados, como cabezas masculinas jibarizadas, como las cabecitas con las que el siniestro Kurtz de Conrad decoraba la entrada a su guarida, mientras su amante africana no dejaba de fusilar con la mirada a todo aquel que se aproximaba, al tiempo que agitaba sus percusivas pulseras. Esta es una ciudad cuyos creyentes habitantes, a diferencia de los de las urbes agnósticas, se deleitan en hojearla. Esa gente comprometida con su Ciudad dice así: «Nosotros hojearnos y leemos nuestra ciudad con orgullo». Pliegan los harapos de su ciudad, a los que tildan de históricos. «Son los harapos históricos de nuestra ciudad», exclaman, mentando entre dientes nombres de difuntos, desenterrando las cifras de años muertos, tenaz e ilusoriamente. Al sumirse en la cualidad mortecina de su ciudad, (algunos de) sus habitantes perpetúan las expediciones a los desvanes (o a los sótanos) de sus vidas, donde rebuscan los desechos de una realidad virtual. Aquí

estoy, no salgo. Observo por la ventana cómo la realidad, no solo la de esta ciudad sino la realidad en general, se desmorona, carcomida por el pasado. Pero en ello no hay más que un reflejo ajado y deslucido de esa misma realidad.

*La memoria es redundante: repite los signos para que la ciudad empiece a existir.*

*La Laudomia de los no nacidos no comunica, como la de los muertos, ninguna seguridad a los habitantes de la Laudomia viva, sino solo zozobra. Dos caminos terminan por abrirse a los pensamientos de los visitantes, y no se sabe cuál de ellos reserva más angustia: o se piensa que el número de los que van a nacer supera con mucho el de todos los vivos (...); o bien se piensa que incluso Laudomia desaparecerá, no se sabe cuándo, y todos sus ciudadanos con ella...<sup>6</sup>*

Hay una callejuela en pendiente que acaba en unas pequeñas escaleras y que es corta, rápida y sinuosa. Se llama Viktor Finderle. Obviamente este Finderle está muerto, pues de lo contrario no estaría grabado en una losa de mármol blanco. Todas las calles aquí —y esto es un significativo cambio respecto al socialismo, durante el cual las calles eran rotuladas con placas metálicas azules fungibles con letras blancas igualmente degradables— llevan losas de mármol cuyos nombres están grabados y se parten al caer. Este Finderle, por cierto, fue un médico cuya muerte no es tan remota; supongo que habrá quien aún lo recuerde. Investigar a Viktor Finderle y no poder

---

6 Italo Calvino, *Las ciudades invisibles*, trad. de Aurora Bernárdez, Siruela, 2009.



averiguar con qué soñaba, si llevaba trajes marrones o grises, zapatos con suelas de plástico en invierno y sandalias marrones de tela con calcetines grises en verano, o tal vez mocasines de cuero de vacuno y camisas egipcias de popelina, es algo absurdo. Tal vez Viktor Finderle limpiara con un cepillo de uñas el cuello de una flamante y novedosa camisa de nailon color perla antes de irse a la cama en el piso que compartía, pues toda Yugoslavia estaba llena de pisos compartidos en los que acababa gente que había sido expulsada de sus propios apartamentos privados, confluyendo en un superávit de personas y un déficit de espacios habitables, algo que visto desde la perspectiva de hoy se resiste a toda lógica. Las camisas de tejido plástico fueron muy populares en la social-pobreza, como cualquier cosa hecha de plástico, aunque se impregnaran de olor a sudor masculino y a cigarrillos baratos del excelente tabaco macedonio e inevitablemente amarillearan en ciertas áreas (bajo el brazo) de manera permanente. Los hombres se ocupaban de lavar sus camisas sintéticas; puede que incluso Viktor Finderle así lo hiciera. Y hasta puede que Viktor Finderle fuera judío. De haberlo sido, puede que algunas personas de su familia inmediata hubieran desaparecido, tal vez incluso le hubieran confiscado el piso, pero también puede que como judío superviviente no lo hubieran hecho. Puede que Viktor Finderle, en caso de haber sido judío, fuera circunciso, y puede que no; no todos los judíos son circuncidados. Puede que el doctor Viktor Finderle tuviera doce camisas en tono pastel y otras seis blancas, todas de batista, todas dobladas en el ropero, y puede que las planchara su mujer, Magdalena Finderle, nacida Buseho, o también puede que quien las planchara fuera una sirvienta llamada Laura, Rosetta o Perla, una belleza pelirroja con un lunar bajo la ceja derecha, madre soltera del pequeño Samuel o Miguel,

hijo ilegítimo del abogado Pauzner, amigo y padrino de bodas del doctor Viktor Finderle, o puede que la criada en realidad fuera madre del hijo ilegítimo del sacerdote Cauz; hoy vemos todo lo que los curas hacen, aunque lo lleven haciendo desde tiempos inmemoriales: todo es posible y además no importa. ¿Fue Viktor Finderle ginecólogo o cardiólogo? Da igual. Podría ser incluso que el doctor Viktor Finderle ni siquiera se llamara Viktor Finderle, sino Dorian Fuchendrider, o que no fuera médico, sino arquitecto. En esta ciudad hubo arquitectos que hoy siguen habitando la ciudad, presentes en esas placas de mármol, en las intersecciones de las calles, en lo alto.

Si no me hubiera detenido una bochornosa tarde estival en el descansillo de las escaleras del doctor Finderle, en donde hoy se encuentra una cafetería con tres veladores, no habría sabido de la existencia de Viktor Finderle. Si él no me hubiera estado observando desde arriba. Si yo no hubiera visto que nació en 1902 y murió en 1964, el año en que acabé el bachillerato en el instituto Moša Pijade con un trabajo sobre Louis Adamic, quien presuntamente se suicidó en Estados Unidos, aunque corre el rumor de que unos agentes lo liquidaron por causas políticas, pues su muerte se produjo en pleno macartismo, cuando el FBI vigilaba a gente; solo vigilaba a gente y reunía datos fiables. Posteriormente la agencia dejó de hacer seguimientos y practicar escuchas dada la celeridad con que se llenaron los archivos y se quedaron sin espacio. Tengo algunos de esos expedientes del archivo del FBI, pero dejémoslo por ahora.

A veces se dan coincidencias extraordinarias, coincidencias que nada tienen que ver con esta ciudad, y que son comunes, propias de la vida: azares, convergencias, casualidades no descifrables del todo, pequeñas sacudidas cósmicas, tiempo

derrochado, tiempo desvanecido, algo que se asemeja a una invención literaria incomprensible.

En el libro *Totenwände*<sup>7</sup> hay una historia medio inventada sobre la pequeña Jacqueline Morgenstern, que junto a otros diecinueve niños de entre cinco y doce años, por orden del *Obergruppenführer*, el Dr. Kurt Heissmeyer, fue trasladada de Auschwitz al campo de concentración de Neuengamme el 27 de noviembre de 1944. En el campo de concentración de Neuengamme, el Dr. Kurt Heissmeyer, *Obergruppenführer* de las SS, con el apoyo moral y material de la fábrica de medicamentos Bayer, somete a esos niños —pero también a adultos— a experimentos, inyectándoles en el riego sanguíneo bacilos vivos de tuberculosis y manipulando sus glándulas linfáticas, que envía en pequeños recipientes térmicos fabricados a medida a la planta central de Bayer, por entonces en Leverkusen, en el extremo meridional, al suroeste de Hamburgo; los termos eran importantes precisamente porque, de no ser por ellos y a pesar de las frías condiciones atmosféricas, los recortes de pulmones y de otras vísceras se habrían corrompido con seguridad. De hecho, cuando en 1863 Friedrich Bayer fundó la fábrica homónima, esta producía tintes de uso textil y se llamaba *Farbenfabriken vorm. Friedr. Bayer & Co.* Solo con posterioridad se transformaría en una industria proveedora de fármacos, coincidiendo con la llegada del químico Carl Duisberg. Luego, en un nuevo giro productivo, se orientaría a la realización de experimentos. Así es como en ese campo situado en la hermosísima Hamburgo, a orillas del precioso Elba, los adultos morían rápido, mientras que los niños lo hacían despacio, hasta el punto de que no había forma de que lo hicieran. El 20 de abril de 1945, doce días antes de

---

7 Obra de la propia autora, publicada en el año 2000 por la editorial croata Meandar

la capitulación de Alemania, las tropas aliadas británicas se hallan a ocho kilómetros de Hamburgo, y tal vez a diez de la escuela Bullenhusser Damm, transformada en un campo satélite de Neuengamme. Mientras las tropas británicas avanzan, en el sótano de la propia escuela Bullenhusser Damm, los ayudantes del doctor Kurt Heissmeyer sacrifican a los niños con celeridad, primero inyectándoles morfina para colgarlos de ganchos a continuación, con el fin de eliminar las huellas de sus experimentos médicos. Si los soldados británicos hubieran marchado algo más rápido, esos niños no seguirían siendo hoy niños, sino que alguno hubiera seguramente sobrevivido. Esos niños supervivientes hoy tendrían entre 62 y 69 años, y una serie de complicaciones livianas: osteoporosis, tensión alta, dolores de próstata, vista cansada, algún que otro glaucoma tal vez, colesterol alto, azúcar alta; es decir, lo habitual. Algunos de los niños estarían calvos, pues ya no serían niños. Esos niños nacieron en Polonia, pero entre ellos había niños de los Países Bajos y de Francia, y una niña de Yugoslavia, además de un niño de Italia. Este último se llamaba Sergio de Simone.

Cuando, con los pulmones acribillados por la tuberculosis, febril, exhausto, con los ojos inflamados pero fulgurantes y las mejillas encendidas, sudoroso, enfundado en el estrecho y antaño blanco camisón hospitalario, Sergio de Simone fue colgado de un gancho junto con la polaca Eleonor Witonska (5) —los niños más pequeños eran colgados en parejas por falta de ganchos—, tenía apenas siete años. Su madre Gisella se quedó en Auschwitz inconsolable, postrada, hasta podría decirse que alienada por el dolor.

Ya se había publicado *Totenwände* cuando recibí una carta en la que se cuenta que Sergio de Simone nació en Nápoles el 29 de noviembre de 1937, hijo de Edoard y de Gisella, nacida

Perlow; que la familia vivió en la ciudad de Fiume, en la que el 28 de marzo de 1944 los alemanes detienen a Sergio de Simone (6) y se lo llevan a Auschwitz; que el muchacho llega a Auschwitz el 4 de abril del mismo año; que es tatuado en Auschwitz con el número 179614; que es asesinado en Hamburgo el 20 de abril de 1945; y que junto a él es deportada a Auschwitz su madre, Gisella Perlow, nacida en Rusia el 23 de septiembre de 1904, hija de Mario Perlow y Rosa Farberow. En la carta se detalla a continuación que el convoy en el que se marcharon se llamaba 25T y que en dicho tren viajaban prácticamente todos los Perlow: Aron, Carola, Giuseppe, Mario (padre de Gisella y abuelo de Sergio), Mira y Paula (tal vez hermanas de Gisella y tías de Sergio) y Rosa, apellidada Farberow de nacimiento (madre de Gisella y abuela de Sergio). La carta no menciona qué ocurrió con el padre de Sergio, Edoard. Gisella y Mira sobrevivieron a Auschwitz, pero a Gisella no le sirvió de nada, pues de su hijo Sergio —como si nunca hubiera existido— con suerte apenas podía quedar un puñado de cenizas, puesto que, tras ser colgados, todos los niños fueron devueltos a Neuengamme, pues allí funcionaban los hornos crematorios, algo que no ocurría en la escuela Bullenuser Damm. Gisella continuaría viviendo, aunque no con mucho entusiasmo, no se sabe hasta cuándo. En 1946 cumplió los cuarenta y dos, de modo que aunque hubiese querido procrear —que no es el caso—, ya no habría podido. El nombre de Sergio de Simone está esculpido en el monumento a las víctimas del fascismo en el cementerio judío de esta ciudad, tal como consta en la carta. De este modo una semificción, una mixtificación (literaria) se convirtió en una realidad enterrada en mi vecindario.

El número en el brazo de Sergio de Simone, el 179614, es una cifra para recordar, no se trata de un guarismo anónimo.

Existen más números así, solo que los datos y las cifras hoy en día se han multiplicado en progresión geométrica hasta magnitudes tales que la gente, frustrada, no puede recordarlos todos. La gente tiene números de memorización obligada, como los de las tarjetas de crédito y también del pin (*personal identification number*) de cada una de ellas, con el que poder sacar dinero de manera inmediata en los cajeros automáticos de todo el mundo; luego tiene los números de sus teléfonos fijos y móviles, de los pines de estos últimos, los números de las cuentas bancarias, los del NIF, el DNI y la S. S., sin los cuales cualquier gestión administrativa resulta imposible. Además la gente atesora fechas de cumpleaños diversos, algo que sirve para enriquecer y ennoblecer la comunicación interpersonal y que hace que las relaciones se hagan más estrechas e íntimas. También memoriza una cantidad ingente de contraseñas, sobre todo en los casos de presencia en las redes. La gente no puede recordarlo todo, y por eso selecciona, recorta, criba, filtra; hay datos que recuerda, otros que sintetiza o abrevia, otros que entierra para mejores tiempos y otros que, finalmente, arroja abandonándolos a su suerte. El número 179614 debe ser recordado, pues como dice Wislawa Szymborska, es un número que la historia ha olvidado como si no existiera, como si jamás hubiera existido. Hay muchos números semejantes almacenados en la memoria terrestre, y siguen llegando nuevos cada día. Tenemos aquí un número NO REDONDO, el 179614, que recuerda al número de teléfono 179-614, el de alguien anónimo de una ciudad menor, o tal vez el número de teléfono de algún conocido de una ciudad de provincias, un número ni fácil ni difícil de recordar, un número mediocre, ni especialmente alegre ni necesariamente interesante, un número que se llama Sergio de Simone.

179614

*La historia redondea los esqueletos por decenas.  
Mil y uno siguen siendo mil.  
Ese uno es como si no existiera:  
feto imaginario, cuna vacía,  
cartilla abierta para nadie,  
aire que ríe, grita y crece,  
escalera hacia el vacío que baja al jardín,  
lugar de nadie en la fila.<sup>8</sup>*

El pequeño parque a mi espalda es circular, está asfaltado y no tiene columpios. En este espacio desabrido uno solo puede sentarse y mirar una estrecha cascada artificial caer sobre unas rocas igualmente artificiales. Este parque no tiene ni siquiera su propio murmullo, que es devorado por el ruido del tráfico. Es un parque aburrido, al que jamás me llevaría a un niño ni a un perro. Tampoco tiene arbustos, las despobladas copas de sus árboles semejan el cabello de una mujer posmenopáusica. Hay muchas mujeres así en esta ciudad, mujeres con la cabellera rala a través de la cual brilla el cuero capilar sudoroso, mujeres en las que antes no reparaba. Antes pensaba que solo se les caía el pelo a los hombres, pero ahora veo en esta ciudad que las mujeres también se quedan calvas. Es una cuestión de hormonas.

Esta ciudad no tiene parques municipales, tiene solo dos o tres parques desangelados como un camposanto. Mis recuerdos no están aquí, pues como ya dije, aquí no tengo a nadie, ni siquiera en el cementerio. Ahora veo que esa es mi mayor carencia: no tener a los muertos cerca. De tener a un par de muertos míos cerca, aunque estuvieran pulverizados, tal vez me sentiría mejor. ¿Qué pasará si muero aquí?

---

<sup>8</sup> Wislawa Szymborska, «Campo de hambre cerca de Jaslo», *Poesía no completa*, trad. de Gerardo Beltrán y Abel A. Murcia, FCE, 1962.

El Saxonia está fondeado delante del hotel Emigranata, donde hay una aglomeración indescriptible. Ludwig Jakob Fritz ha oído hablar del hotel Emigranata al cónsul Slocum, y también ha leído algo en su *Guida di Fiume*. Pero ahora mira por primera vez esta enorme construcción blanca y se estremece. El hotel Emigranata no se encuentra en medio de la ciudad como los elegantes hoteles en cuyos vestíbulos y restaurantes se reúne la sociedad de cuyo dinero se nutre la ciudad, la sociedad que sorbe la sangre a la ciudad, que se mece en un esplendor ajeno graciosamente regalado, envarado e infinitamente aburrido. El hotel Emigranata fue erigido con el dinero del Gobierno húngaro de común acuerdo con Cunard Steam Ship Co. Ltd., con gran complacencia de los Gobiernos de Fiume, con el fin de que los futuros emigrantes de la monarquía austrohúngara no vagaran sin rumbo por esta ciudad hermosa, tranquila y ordenada mientras aguardaban los barcos que los transportarían a una vida mejor. Pues esta ciudad definitivamente pulida y satisfecha, saturada de acontecimientos emocionantes, esta ciudad rebosante de dinero, situada en realidad un poco al margen y aislada, esta ciudad no podría soportar que en su entorno deambularan descamisados que por lo demás albergaban la intención de abandonarla de inmediato. Por ese motivo, el hotel Emigranata tiene su sede en la calle Industrijska, que igual que toda la industria de aquella época está situada extramuros de esa (esta) ciudad,



para que produjera, para que generara sin molestar, siendo invisible, sin estropear la imagen estandarizada de alegría de vivir, no de una alegría de vivir apasionada, sino de una alegría con la pasión dosificada, moderada y constante, una alegría de vivir fugaz y fungible, de la misma forma que esta ciudad es fungible, consumible y desechable; su alegría de vivir se sitúa bajo un férreo (auto)control, dirigida por la bolsa, los bancos, las compañías aseguradoras, las cuentas secretas; así es su forzada alegría de vivir, que en puridad no es más que una alegría mísera y consumida, pues el goce de la vida debe ser estrepitoso y salvaje y desinhibido. Es la alegría de vivir provinciana y burguesa: relatada, mal recreada, una imitación de la vida durante mucho tiempo, más bien, un sucedáneo ostentoso, un vacío.

Y así hasta hoy.

Con la caída de la monarquía, el hotel Emigranata alberga al Ejército y luego pasa a alojar una serie de exposiciones que muy pocos visitan, al cabo de lo cual el hotel Emigranata es reconstruido: los dormitorios grandes se dividen en varios dormitorios pequeños, y a esa nueva construcción la llaman Caserna Savoia; la ciudad se desintegra —del mismo modo que un enfermo de esquizofrenia se desdobra—, la desdoblan, la cuarteán, la descuartizan, perece debatiéndose entre la Italia de los Saboya y la Yugoslavia de los Karadorđević en presencia de sus habitantes, y en los instantes lúcidos y afflictivos se pregunta en secreto «¿cómo me ha ocurrido

todo esto tan de repente?». Tras la Segunda Guerra Mundial, cuando la ciudad es de alguna manera suturada, con la esperanza de que ese remiendo de la historia desaparezca con el paso del tiempo, al igual que lo hacen — en casos contados— las cicatrices del cuerpo humano, son pocos los que se acuerdan del hotel Emigranata como hotel de emigrantes, pues en el interior de sus muros se fabrica ahora embalaje plástico, las máquinas zumban, la clase obrera crece y se fortalece, aunque hoy, que ya no hay más clase obrera ni inteligencia digna, el edificio del hotel Emigranata no es nada. No es más que una mastodóntica construcción muerta cuyo interior, antaño atestado de toneladas de dolor vomitado por los emigrantes, de miedo y esperanza confinados, hoy revive apenas cuando las tormentas danzan a través de él. Como en un cadáver al que hubieran olvidado cerrarle los párpados, las altas ventanas opacas del gigante aún blanco, inmóviles, como si estuvieran paralizadas —como si los ojos hubieran enfermado de tabes—, observan a la también muerta calle en la que el hotel está sepultado. En la calle Industrijska se extiende un hedor a muerte. Una pequeña panadería recientemente inaugurada en cuya entrada una dependienta tocada con

un gorrito blanco invita a los escasos transeúntes a que entren «vengan, vengan —sonríe—, prueben nuestra bollería», parece una lágrima cristalina que de buenas a primeras hubiera caído del cielo.

Aquí jamás ha habido ni habrá un Toulouse-Lautrec o un Modigliani, y por esa precisa razón tampoco ha habido ni habrá una señorita Hastings ni una Jéanne Hébuterne, tampoco levedad, suavidad ni pasión, jamás el espíritu de un pequeño pero poderoso *bon vivant* sobrevolará esta ciudad inyectando *joie de vivre* que embriague a sus súbditos, a toda una armada de conocidos y desconocidos, con talento y sin él, saludables y enfermos, ricos y pobres que desabotonen sus cuerpos generosamente, pues esta ciudad ha sido y es una ciudad encorsetada, trágicamente reprimida.

¿Cómo es que existen ciudades lejos del Mediterráneo, ciudades a las que no baña el sol, a las que no salpica el mar, pero que palpitan como si fueran a estallar, aunque solo sea de resentimiento? Es una falacia admitida que el clima caluroso calienta la sangre, que el aroma de la vegetación azuza la imaginación, pues esta ciudad parece anquilosada y muda desde hace mucho, así que sus variadas hierbecitas supuestamente mágicas que trasminan hasta el alma de la urbe, esos árboles divinos que la rodean y que lo que en realidad provocan son dificultades para inspirar y espirar, no son más que una excusa. Ni el más pálido destello de Môme Fromage, Nini-Pattes-en-l'air, Jane Avril, Georgette Macarona, La Gouloue, ni de la más inocua *chahuteuse*. Si ha habido bailarinas y cantantes, si ha habido actrices, poetisas y pintoras, se han asfixiado aprisionadas en camisones de encaje, como soltero-

nas o entregadas madres, esposas y católicas, o casadas con vejestorios ricos por los que se han vuelto conocidas —que no reconocidas— en «su propia ciudad».

Y así hasta hoy.

¿Cómo es posible que aquí no haya arraigado ni el más mínimo rastro de Hugo Ball y Emmy Hastings, de Huelsenbeck, Richter, Arp, Tzara, de los hermanos Janco o de Walter Sterner, cuando todos estuvieron aquí, en las proximidades, todos ellos, coetáneos de Ludwig Jakob Fritz? Vienen divas de ópera, pero no las baladas satíricas de Frank Wedekind, ese *enfant terrible* de la vanguardia muniquesa, y las canciones cáusticas del anarquista Mühsam dan la impresión de que no resuenan en Berlín, sino en un continente virtual; viene Isadora Duncan, pero en la costa de Opatija no coquetea Else Lasker-Schüler; las arias de Verdi llenan las mentes letárgicas y los pulmones perezosos del ganado (semi)ciudadano, mientras que los dramas de Ibsen se mantienen alejados en el espacio y en el tiempo.

Esta es una ciudad, este es un país en el borde del cosmos, un satélite en miniatura que se ha desconectado hasta de sí mismo y no le queda más que girar en torno a su propio eje invisible, invisible y silentemente. Tal vez no sea justo, pero es así. Así lo han querido, así lo han aceptado los que han vivido y los que viven aquí: introduciéndose en sus vidas una pequeña y pálida espiroqueta, invisible al ojo humano, que va carcomiendo y corroyendo hasta

convertir a personas sanas en adefesios infecciosos.

Tal vez el único tejido resistente de esta ciudad hayan sido sus trabajadores, no su historia, que ha sido un muladar de ruindades, pero ellos, los trabajadores, cada vez son menos; apelmazados en bolas cuales pequeños hombres de las nieves de un cuento de hadas, ruedan callados por su propio interior además de por el exterior. Hoy no quedan fundiciones metalúrgicas, fábricas de papel, factorías tabaqueras, que en su momento fueron las más grandes de toda la Monarquía; la planta de descasque de arroz lleva mucho tiempo muerta, al igual que la refinería de azúcar, la fábrica de chocolate, la conservera de pescado, la manufacturera de seda, el taller de cordelería, las cementeras y la industria alimentaria de producción de pasta. Todo está muerto, es época de *exitus*.

Por eso vive el carnaval.

Por eso.

Ya no quedan zapateros que fabriquen calzado a medida, no quedan toneleros, no quedan guanteros, sombrereros, paragueros, martilleros, no quedan comercios elegantes iluminados con arañas de cristal y arropados por alfombras rojas que vendan pianos

y otros instrumentos musicales (*Klavier Niederlage von J. Potošnjak, Haus Cante, Cappuccinergasse Nr. 609. I. Stock*), no queda la Galanterie-Lederwaaren (*grösstes Lager von Pferdegeschire, Reitzeuge, all Arten Sport und Stallerquisiten, A. Lippitsch, Corso 542, Koffer, Taschen, Reisenecessaire's, Plaidträger, Riemen, Schultaschen, alles eigener Erzeugung, reparaturen prompt*), no quedan jugueterías, librerías serias, clubes, no quedan pequeños talleres-tiendas, la mercancía se apelotona en centros comerciales, se vende todo revuelto en masa, no hay exclusividad personalizada porque los individuos exclusivos son cada vez menos, los patios de butacas de los cines lucen vacíos, a los estrenos teatrales acuden sobre todo médicos. En las calles ha dejado de verse a jorobados, *where have all the hunchbacks gone?*, y los pocos que hay son fundamentalmente mujeres.

«¿Tiene algún paciente con joroba?», le pregunto a mi médico. «Aparentemente han desaparecido», dice. Tampoco hay una cuota relevante de tullidos y los vagabundos están decentemente vestidos.

En una farmacia, la farmacéutica dice: «La duda me desgarró; dudo de la solución, la solución es muy dudosa», dice dos veces. Un político

